

los revolucionarios están, pues, en armonía con los designios de la Providencia; su único error es querer realizar en un día lo que no se puede hacer sino por el lento trabajo de los siglos. El catolicismo, por lo contrario, quiere retener á los hombres bajo una pretendida fe revelada, quiere someter la sociedad civil á la dominacion de un hombre que se llama el vicario de Dios, quiere restablecer todas las instituciones que se ligan á la tiranía religiosa, quiere hacer retrogradar á la humanidad hasta el siglo XII. Esta tentativa es por su misma naturaleza revolucionaria, porque violenta á la sociedad como las revoluciones; pero las revoluciones, á lo ménos, están en el camino de lo porvenir, mientras el catolicismo quisiera resucitar lo pasado, siendo, por consecuencia, más imposible y peligroso que el espíritu revolucionario. Por lo demás, el principio en cuyo nombre obran el catolicismo y las revoluciones es idéntico. En el 93 se decía: ¡La república ó la muerte! El catolicismo no ha cesado de decir: ¡La religion de Roma ó la muerte! Existe en los dos campos la funesta creencia de una verdad absoluta, impuesta á los pueblos por los que tienen la orgullosa pretension de poseerla; y decimos que esta creencia es funesta, porque trae en su séquito la guerra, la insurreccion y la muerte: todos los medios se tienen por legítimos cuando se trata de la causa de Dios, como cuando se trata de la causa de la libertad. La lucha del papado contra Inglaterra es una de las mil pruebas de la opinion que sustentamos. El anglicanismo se establece por una ley, Isabel es reina por la voluntad nacional, y, sin embargo, los papas atacan á Inglaterra y á Isabel por la guerra, las conjuraciones y el asesinato. ¡Hé ahí de qué manera es el catolicismo un elemento conservador!

Inglaterra cortó en el siglo XVI el yugo de Roma; no quiso ya reconocer en el papa el jefe divino de la cristiandad; sostuvo con Lutero que Jesucristo era único jefe de la Iglesia, y que el poder de los papas no era más que una prolongada usurpacion. Contra los pretendidos vicarios de Dios invocaron los Ingleses la misma dominacion bajo la cual habian gemido durante siglos, porque esta dominacion habia sido una dura explotacion de Inglaterra en provecho de la ambicion y de la codicia romanas. Para asegurar su independencia y garantizar su soberanía, declaró la nacion al rey jefe

de la Iglesia (1). Rechazando la autoridad del papa conservó, sin embargo, Inglaterra los dogmas y los ritos de la Iglesia católica; pero Roma perdona más bien la herejía que el cisma; ó, por mejor decir, á sus ojos, negar el derecho divino de los papas es la más funesta de las herejías. De ahí el odio furioso, inmortal, que suscitaron los decretos del parlamento. El jesuita Saunders los califica de invencion diabólica; dice que fué "Satanas quien estableció la supremacia civil en el paraíso cuando declaró á Eva ama en los negocios de Dios," (2). El legado del papa sostuvo que la union con Roma, es decir, la dependencia y la servidumbre, era una condicion de felicidad para los Estados: "Desde que los Griegos, dice, consumaron su cisma, Dios los abandonó al furor de los Mahometanos; las miserias de Alemania son un nuevo testimonio de la cólera divina; y las desgracias que abruma á Inglaterra datan de la época en que ha roto el lazo de la obediencia," (3). Inglaterra quedó sorda á esas amenazas de venganza; y así, á creer al jesuita *Pallavicini*, su ruina comenzó el día en que se proclamó soberana (4); y á lo que dicen hoy los energúmenos del catolicismo, esa decadencia habria ido en aumento. Verdad es que la Gran Bretaña es la señora de los mares, y que la raza que la habita es la más fuerte de las razas; mas no importa: no reconoce el poder del papa, y, por consecuencia, su inmenso poder no es más que una vana fantasmagoría; está en decadencia, haga lo que quiera, mientras Roma, que muere de inanición, está llena de vida y de porvenir!

Cuando el odio excitado por el cisma está todavía tan vivo en nuestros días, ¿cuál no debía ser el furor de las pasiones en el momento en que estalló? Si el poder de los vicarios de Dios hubiera igualado á su rencor, Inglaterra no existiría ya ó seria vasalla de la santa sede, como en tiempo de Juan Sin Tierra; pero si algo igualaba á la cólera de los soberanos pontífices, era su impotencia. Quisiéramos ó no, el papa debía herir á Inglaterra, porque tenia que defender su derecho divino; y por eso prepara una bula contra Enrique VIII; pero no osa

(1) BURNET, *Histoire de la réformation de l'Église d'Angleterre*, t. I, p. 317-397 (de la traduccion francesa).

(2) ELLIS, *Letters illustrative of english history*, serie 2.^a, tomo III, p. 96: "Which the devil instituted in paradise, when he made Eve maistress in God's matters."

(3) BURNET, *Histoire de la réformation d'Angleterre*, t. IV, página 696.

(4) PALLAVICINI, *Historia concilii Tridentini*, III, 15, 7.

publicarla, porque sabe que quedaria sin eco, como la voz en el desierto. Empero, la prudencia misma es imposible para esos sacerdotes que se llaman infalibles; son arrastrados fatalmente á mantener sus orgullosas pretensiones, y no lo pueden hacer sino perdiéndose. Aparece, pues, la bula de deposicion; su lenguaje es el del siglo XIII, en medio de una época de reforma. El papa enumera los crímenes de Enrique; el mayor de todos es haber rechazado la supremacia de la santa sede y haberse declarado jefe de la Iglesia de Inglaterra, obligando á sus súbditos, clérigos y laicos, á reconocerlo como tal; y puesto así en oposicion con los santos cánones, y aún con el Evangelio, es, por consecuencia, indigno de la corona. El soberano pontífice recuerda que se dice en el Antiguo Testamento que los cismáticos serán tragados por la tierra y consumidos por el fuego del cielo, y que el Nuevo Testamento enseña que el apóstol dejó ciego á un mago; tales son las autoridades sagradas en las cuales se funda el papa para fulminar su condenacion contra Enrique VIII. La bula pronuncia el anatema contra el rey y sus cómplices, y añade que, si no comparece en el plazo de dos meses para defenderse, será de pleno derecho privado de su corona (1). Despues viene la sentencia de excomunion, la infamia perpetua y la cláusula que desliga á todos los Ingleses, clérigos y laicos, de su juramento de fidelidad. La bula va más lejos todavía: manda á los súbditos de Enrique VIII que tomen las armas contra él y le arrojen de su reino. Por último, el papa intima á todos los príncipes en nombre del Señor á que le presten apoyo para obligar al rey de Inglaterra á volver á la obediencia de la santa sede.

Paulo III cuidó de asegurarse el auxilio de armas más eficaces que los rayos del Vaticano: ántes de lanzar su bula se dirigió á Carlos V. Denuncia el papa en su carta los actos de crueldad salvaje é inaudita de Enrique VIII; declara su intencion de recurrir contra él á vías de justicia, por haber negado la autoridad de la santa sede y haberse sustraído á la obediencia y al tributo que Inglaterra le debe; cuenta con el apoyo del emperador para ejecutar la sentencia, y á fin de excitarlo le dice que tiene que vengar sus propias injurias tanto

como las de la Iglesia (1). Paulo III apeló también al rey Fernando: "La Iglesia romana, exclama, ha soportado durante tres años con paciencia los excesos del rey Enrique, á pesar de ser su vasallo; pero éste acaba de poner colmo á sus crímenes, haciendo ejecutar á un cardenal." Compara el papa la conducta de Enrique VIII con la de Enrique II: "Éste, dice, sobre quien sólo reczian sospechas de la muerte de un arzobispo, hizo penitencia y se sometió en todo á la voluntad de la santa sede, mientras Enrique VIII hace morir á un príncipe de la Iglesia de una muerte ignominiosa y desafía al papado. No habiendo servido de nada la clemencia, Paulo III, de acuerdo con el colegio de cardenales, se ha decidido á privar al rey de Inglaterra de su reino como menospreciador de las censuras eclesiásticas, cismático, adúltero notorio, homicida público, sacrilego rebelde y culpable reincidente de lesa majestad." El papa pide á Fernando que preste firme apoyo á la ejecucion del destronamiento (2). Dirigióse igualmente al rey de Francia, exponiendo todos los crímenes de Enrique contra la Iglesia y la resolucion unánime del colegio de cardenales de proceder contra el rey apóstata por vías de rigor, recordando á Francisco I que los reyes cristianísimos han sido siempre los defensores de la fe y protectores de la santa sede, y manifestando la esperanza de que tome á buena parte la sentencia de la Iglesia romana y ayude á ejecutarla (3). Paulo III escribió, por último, á los reyes de Polonia, de Portugal y de Escocia, ofreciendo á éste la corona de Inglaterra, como feudo de la santa sede, vacante por la prevaricacion de Enrique VIII (4).

Como se ve, la deposicion era un acto serio: el papa esperaba organizar una cruzada general de los príncipes católicos contra la cismática Inglaterra, y el fin de esta guerra santa no era sólo restablecer la autoridad espiritual de la santa sede, sino volver á someter á los reyes de Inglaterra al vasallaje de Roma. España y Francia estaban poco dispuestas á conquistar las islas Británicas por cuenta del papa, pero no les faltaba el deseo de hacerlo en su peculiar provecho. Una carta del embajador de Francia en Londres dice que el rey, su

(1) RAYNALDI *Annales*, ad a. 1535, num. 11.

(2) BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands I*, t. IX, p. 15-17.

(3) RAYNALDI *Annales*, ad a. 1535, núm. 13.

(4) RAYNALDI *Annales*, ad a. 1535, núm. 12.—BURNET, *Histoire de la réformation d'Angleterre*, t. II, p. 579.

señor, de acuerdo con el emperador y bajo la inspiración del papa, pensaba en un proyecto de invasión; y á oír al embajador, la cosa era más fácil que la toma de Calais; todo se acabaría en un mes ó seis semanas, "porque no se podría, dice, creer cuán descontento está el pueblo.", Los reyes de España, de Francia y de Escocia se repartirían la Inglaterra; "y á fin de que no quede olvidado nuestro santo padre, volverá todo á su obediencia como ántes.", La gloria que el rey adquirirá, continúa el embajador, será aún más grande que la de haber arrojado á los Ingleses de Francia: "Considerad lo que será arrojarlos de su guarida, cruel y herética madriguera.", (1). Así se juntaba el odio á la herejía con el desapoderado afán de engrandecerse, esa pasión dominante del siglo XVI. Comprendemos la ambición; pero lo que en ella hay de repugnante es ver la causa de Dios sirviendo de pretexto á la codicia, y lo que es más odioso todavía es ver á la religión sofocar el más poderoso y el más natural de los sentimientos, el amor de la patria.

Habia en Roma un cardenal, inglés de origen y ligado por su nacimiento á la familia real, el cardenal Pole, á quien el papa encomendó que visitara á los príncipes para excitarlos á invadir á Inglaterra, y que provocara al propio tiempo la insurrección de los católicos ingleses. El mismo legado nos dirá hasta qué punto desnaturaliza al hombre el catolicismo. Escribió al emperador para comprometerlo á llevar sus armas contra Inglaterra, á fin de atraerla al seno de la Iglesia: el amor de la patria, dice, es quien le inspira; pero tiene buen cuidado de añadir el amor de la Iglesia (2). ¡Hé ahí el patriotismo católico! ¡Por amor á su patria solicita un cardenal la invasión del extranjero! Carlos V hacia la guerra contra los Turcos; el cardenal inglés quería detenerlo, aunque estuviera bajo los muros de Constantinopla: "¿Por qué ir tan lejos á combatir á los enemigos del nombre cristiano, cuando hay en el seno de la cristiandad un enemigo mil veces más peligroso? Enrique VIII impone su creencia por la espada como los Turcos; pero, más cruel que ellos, no deja libertad á los que tienen una creencia diferente de la suya.", Pole promete á Carlos V el apoyo de los católicos (3): "No esperan

(1) RIBIER, *Lettres et Mémoires d'État*, t. I, p. 342.

(2) "Cum me patrie amor et ecclesie charitas eo impellent.", REGINALDUS POLUS, *pro unitate Ecclesie* (SCHELHORN, *Amoenitates literariae*, t. I, p. 99-116).

(3) "Quos omnes, si venias, Deus ipse ad te adducet."

más que su llegada para combatir al tirano que los oprime.", No eran exclusivos del cardenal legado estos sentimientos; existe una carta del enviado pontificio al condestable de Francia, en la cual se reproducen casi textualmente, en nombre de Su Santidad el papa (1).

Serios temores inspiraron á Enrique VIII los proyectos del papado contra Inglaterra, é hizo armamentos considerables para su defensa (2); pero Francia y España estaban demasiado profundamente divididas por la rivalidad de poder, para llegar á entenderse, aunque fuese contra un enemigo comun. Mejor acogida encontraron las excitaciones pontificias en los católicos de Inglaterra, quienes, al llamamiento del vicario infalible de Dios, se sublevaron contra su legítimo soberano. El santo padre envió al cardenal Pole para que los confirmase en la fe ortodoxa, es decir, para fomentar la rebelión; escribió á los obispos y á los grandes del reino que prestaran apoyo á su legado; y á fin de que no quedara ninguna duda acerca de los designios del papa, pidió auxilio al rey de Escocia en favor de los Ingleses que, decía, *preferían obedecer á Dios más que á los hombres*, añadiendo que para mantenerlos en esta buena vía de piedad les había mandado un legado. Raynaldi, el analista romano, dice que el rey de Escocia debía invadir á Inglaterra y ayudar á los insurrectos; y el papa le había hecho donación anticipada de la rosa mística que los sucesores de San Pedro acostumbraban á dar á los defensores de la fe. El legado recibió grandes sumas de dinero y un crédito ilimitado (3). Muchas enseñanzas se encierran en esa conducta del papa. La rebelión es predicada por el que se llama vicario de Dios; la insurrección se convierte en *acto de piedad*, porque se debe obedecer á Dios más bien que á los hombres. Y, sin embargo, Jesucristo, el Hijo de Dios, dice que es preciso obedecer al César, y sus apóstoles predicaron la obediencia en tiempo en que los Césares eran monstruos. ¿Quién, pues, enseña á los pueblos que la rebelión contra su príncipe es legítima? El papa; y como la palabra del papa es la palabra de Dios, hay que obedecer al papa en cuanto tiene intereses contrarios á los de los príncipes. El papa reclama la Inglaterra como su fei-

(1) RIBIER, *Lettres et Mémoires d'État*, t. I, p. 409-412.

(2) Enrique VIII armó 150 buques (RIBIER, *Lettres*, t. I, página 437).

(3) RAYNALDI *Annales*, ad a. 1537, núm. 38-40 y 42.

do; los Ingleses deben obediencia al papa con preferencia al rey y al parlamento. Pero la isla de los Bretones acarrea desgracias para el papado. La insurrección fracasó, y los papas estuvieron en ella con sus rayos y su crimen, porque crimen hay en provocar á un pueblo á sublevarse contra las leyes emanadas de la soberanía nacional. Lo que el papa llama una *obra de piedad* llevaría hoy á los autores y sus cómplices ante los tribunales de justicia.

Cuando el joven Eduardo murió, y María, la hija ultrajada por Enrique VIII, subió al trono de su padre, concibió Roma la esperanza de ganar el terreno que había perdido. El día en que Inglaterra se humilló hasta pedir la absolución al papa, fué un día de triunfo para los soberbios sucesores de los humildes apóstoles. Pero los triunfos son funestos para las malas causas: el reinado de María la Sanguinaria habría bastado para inspirar odio al catolicismo, si ya la Reforma no hubiera echado profundas raíces en la nación. La restauración de la antigua religión enseñó á los Ingleses lo que es el régimen romano. Los historiadores católicos forman un concierto de maldiciones contra la tiranía de Enrique VIII; y debieran recordar que la hija ortodoxa halló medio de exceder á su padre. Una ley de la reina María dispuso que toda persona en cuya casa se encontrasen libros heréticos fuese tratada como rebelde y ejecutada conforme á la ley marcial (1). La historia del siglo XVI tiene muchas páginas sangrientas; pero las persecuciones de María han tenido el privilegio de infundir un horror universal: "Una mujer embarazada parió en la misma hoguera; algunos espectadores, movidos de piedad, arrancaron la criatura al fuego, y al fuego la hizo arrojar de nuevo el juez católico. Al leer estas acciones abominables, ¿cree uno haber nacido entre hombres, ó entre esos seres que nos pintan en un abismo de suplicios, encarnizados en sepultar en él al género humano?" (2). Empero habría injusticia en hacer á la reina responsable de esas atrocidades; los embajadores venecianos dicen que, lejos de ser cruel por naturaleza, tenía todas las apariencias de la bondad y de la clemencia (3). María era una católica convencida, y por tanto fanática. Cuando perseguida bajo el reinado de Eduar-

do VI responde que prefiere morir á obrar contra su conciencia, se admira el valor de la mujer (1). Pero cuando prohíbe orar á Dios por el alma de su padre se detesta á la fanática. El fanatismo inspiró su valor como su crueldad, y el fanatismo es católico por esencia, porque no es otra cosa que la ardiente convicción de la divinidad de la religión y de la Iglesia. El catolicismo es, pues, el culpable.

II.

Bajo Isabel se reprodujo la guerra entre Inglaterra y el papado. Podemos apreciar ahora si, como dice Macaulay, es cierto que la reina de Inglaterra tomó la iniciativa de la persecución. El gran historiador olvida que, á partir del cisma, la hostilidad de los papas contra Inglaterra fué permanente; olvida que Paulo III había incitado á Francia y España á conquistar á Inglaterra; olvida que, cediendo á las excitaciones pontificias, se habían insurreccionado las poblaciones católicas; olvida que Paulo IV trató á Isabel de bastarda desde su advenimiento al trono, y que reivindicó con una altanería insultante la soberanía de la santa sede sobre la corona de Inglaterra (2). La nación respondió á estas baladronadas sacudiendo el yugo de Roma, lo cual era declarar una guerra á muerte al papado. Desde que el parlamento proclamó la Reforma, Inglaterra cayó de pleno derecho bajo los anatemas lanzados por Paulo III, y el deber de todo fiel era resistir á la reina. Tan cierto es esto, que el analista romano reprocha amargamente á los católicos ingleses el no haber tomado las armas para cortar el yugo de su reina bastarda, el no haber pensado en su salvación y el haber permitido que Inglaterra cambiara de religión como se muda de camisa (3). Si no hubo insurrección, no fué por falta de intrigas católicas.

Isabel tenía una rival, y, por consecuencia, una enemiga en la reina de Escocia, tan culpable como desgraciada. María Estuardo tenía de su parte á los Guisas, que, por ambición, se habían hecho los jefes del partido católico en Francia y habían en-

(1) ELLIS, *Lettres*, serie 1.^a, t. II, p. 178.

(2) Paulo IV respondió á Isabel que le había anunciado su advenimiento al trono: "Regnum Angliæ beneficiarium esse sedis apostolice, nec ipsam ob impedimenta natalium, sede apostolica inconsulta, regni administrationem jure corripere potuisse" (RAYNALDI *Annales*, ad a. 1559, núm. 2).

(3) RAYNALDI *Annales*, ad a. 1559, núm. 4.

(1) HALLAM, *Histoire constitutionnelle de l'Angleterre*, t. I, página 63.

(2) VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs*, c. CXXXVI.

(3) SORANZO, en ALBERI, *Relazioni*, t. 3, p. 33.

tablado relaciones con los católicos de Inglaterra, haciéndoles entender "que María de Escocia, que era buena cristiana, restablecería inmediatamente la santa Iglesia romana, y que debían esperar un reinado lleno de felicidad y ventura.", "Los Guisas añadieron, dice un contemporáneo, infinitos halagos para hacer cambiar la dinastía, sublevando al pueblo contra Isabel", (1). No limitó el papado sus esfuerzos á estos oscuros manejos; no cesó de excitar á los príncipes católicos á unirse contra los protestantes; y si esa union hubiera podido formarse, Inglaterra habria sido la primera victima del odio pontificio. Tratóse en 1566 de una alianza entre el papa, el emperador, el duque de Saboya, muchos príncipes italianos y Catalina de Médicis para el mantenimiento del catolicismo; y la Liga estaba principalmente dirigida contra Inglaterra (2); pero estas alianzas eran más fáciles de concertar que de realizar. El embajador de España propuso un medio tan eficaz y ménos violento que las armas: se trataba de un bloqueo continental para obligar á Inglaterra á entrar en el seno del catolicismo: "Es preciso, dice, prohibir á los Ingleses todo tráfico y comercio en Francia, Flándes y España si no vuelven á la obediencia de la Iglesia romana; y así la reina y su reino se verán obligados á ceder, por cuanto todas las rentas de su Estado provienen de la entrada y salida de mercancías, y la principal riqueza de los señores y gentileshombres consiste en los productos que se exportan, y la del pueblo en manufactura y tráfico, cesando el cual, será imposible que sus súbditos se mantengan. Ahora bien, estando todavía los católicos en mayor número que los demas en el país, obligarán por la fuerza de esta necesidad á todo el reino á volver á la religion romana.", El bloqueo continental quedó en proyecto como la Liga católica, á consecuencia de la rivalidad entre Francia y España (3). Mas no por eso dejaba Inglaterra de estar amenazada, y no eran vanos los temores que atormentaban á Isabel cuando se creía diariamente en

(1) LA PLANCHE, *Histoire de l'État de France sous François II*, página 279.

(2) *Lettre de Randolph à Cecil*, en WRIGHT, *Queen Elizabeth*, tomo I, p. 219.

(3) El embajador de Francia en Londres, LA MOTHE FÉNÉLON, que nos da á conocer el proyecto del bloqueo continental, escribió al rey, su señor, que era preciso dejar tomar la iniciativa de estas medidas á España: que si Francia comenzaba, podría desaparecer todo el tráfico que los Ingleses tienen en Francia, que es de más de dos millones de oro de utilidad al año (*Correspondance*, 1568, t. I, p. 70).

vispera de una invasion (1): la mala voluntad de las potencias católicas era evidente; la fuerza únicamente ó el acuerdo faltaban. La conspiracion del catolicismo contra la Reforma era permanente.

El papa encontró instrumentos más dóciles y peligrosos en los católicos Ingleses. Para alimentar la llama sagrada de la fe se necesitaban ministros; y estando proscrito el catolicismo en Inglaterra, fundaron los sacerdotes refugiados en el continente seminarios Ingleses, primero en los Países-Bajos, en Douay, y despues en Reims. Los historiadores de la Iglesia se extasian con los jóvenes levitas que salian de estas escuelas para fortificar ó para restablecer la fe en su patria. Si, bajo el punto de vista de la Iglesia romana, eran seminarios de mártires, para Isabel eran seminarios de conspiracion contra su vida y de rebelion contra las leyes Inglesas. Enseñábase en ellos que el papa es, por derecho divino, el señor del mundo; que tiene el poder de excomulgar y deponer á los príncipes, y que los reyes que desertan de la fe de Roma pierden por esto sólo su corona. Los sacerdotes formados en Reims defendian estas doctrinas funestas en Inglaterra y echaban así en los espíritus semillas de rebelion y de traicion. En el seminario de Reims fué donde encontró Felipe II cómplices para las conspiraciones incesantes que tramaba contra su poderosa enemiga. En vano tratan los católicos de rechazar la responsabilidad de estos crímenes sobre algunos individuos; los individuos son ménos culpables que la doctrina en cuyo nombre se hicieron conspiradores y asesinos: folletos católicos provocaron á los servidores de la reina á asesinarla, como Judith habia asesinado á Holofernes, para su gloria eterna (2). Cuando los Ingleses, fanatizados por esta predicacion del asesinato, llevaron una mano criminal contra su reina, los historiadores católicos celebraron á los asesinos como mártires (3).

No fué, pues, la bula de Pio V el primer acto de hostilidad del papado contra Inglaterra; no fué más que un incidente en el drama terrible en que la independencia de Inglaterra y la vida de su rei-

(1) Se ve por la correspondencia de FÉNÉLON que el gobierno de Isabel temía una liga de los príncipes católicos contra Inglaterra, ó más bien creía que existía la alianza (t. VI, p. 93, 258, 267).

(2) CAMDEN, *Rerum anglicarum Annales*, p. 374, 378.

(3) SANDERUS, *de schismate anglicano*, p. 310: «Northumbrius claro martyrio dies suos feliciter in domino finivit.»

na estuvieron constantemente expuestas. Pio V, como ya lo hemos demostrado, no retrocedía ante el asesinato. Su famosa bula contra Isabel fué otro medio para llegar al mismo fin, exaltando el fanatismo de los católicos Ingleses; estaba concebida en el estilo de los Gregorios é Inocencios: "Dios ha puesto al soberano pontífice por cima de todas las naciones, por cima de todos los reinos, con mision de destruir y edificar, de arrancar y de plantar.", En virtud de la plenitud de su poder apostólico, "el papa separa á la hereje Isabel del cuerpo del Cristo; la priva de todo derecho al reino de Inglaterra, de todo dominio y privilegio; desliga á sus pueblos del juramento de fidelidad, y les prohíbe obedecer en adelante á Isabel, so pena de incurrir en los mismos anatemas", (1). Hallábase en Roma, cuando se publicó la bula, un grande de Inglaterra: lord Windsor nos dirá qué sentido le atribuían los católicos. Dijole un Romano que Isabel no era reina legítima. "¿Cómo?", preguntó el inglés asombrado. "Porque el papa la ha depuesto en consistorio", respondió el ultramontano. Insistiendo lord Windsor para saber qué peligro podía resultar á la reina de la bula pontificia, replicó el Romano: "La bula pone al reino de Inglaterra á merced de los príncipes extranjeros; autoriza á cualquiera á conspirar contra Isabel, justifica la traicion y la convierte en virtud", (2).

La bula del papa se ligaba á conspiraciones interiores y á proyectos de conquista. España impelia siempre á la invasion, á fin de restablecer el catolicismo en Inglaterra, "porque, decía el embajador de Felipe II, mientras quede adherida á esta nueva religion, no se pueden esperar sino ultrajes é indignidades", (3). Á principios de 1571 mandó Pio V á su querido hijo Ridolfi á proponer al rey de España restaurar, de concierto con la santa sede, la autoridad de la Iglesia en Inglaterra, áun á costa de la vida de Isabel. Francia, á quien se habria querido comprometer en esta peligrosa empresa, estaba desgarrada por las guerras de religion: el rey respondió que "las perturbaciones de su reino no le permitían pensar en otra cosa que

(1) *Bullarium Magnum*, t. II, p. 324.

(2) WRIGHT, *Queen Elizabeth*, t. I, p. 318: «doth give license and pardon unto all men, who shall seeme to worke any treason towards her Majestys person, and think it a meritorious act in those who shall do it.»

(3) Carta de LA MOTHE FÉNÉLON, de 1570 (*Correspondance*, tomo III, p. 29).

en mirar", (1). Si el rey cristianísimo retrocedió ante una guerra abierta, no se negó á fomentar y alentar los complots contra la reina: hay cartas de Carlos IX que atestiguan su complicitad en la conspiracion de Norfolk. Escribió, en efecto, á su embajador: "Pues que la reina de Inglaterra no teme ayudar bajo cuerda y favorecer á los que me son rebeldes, sería muy útil tratar de agitarle un poco su casa... El embajador debe ponerse en relacion con los católicos y dispensarles todas las consideraciones y honrada acogida que pueda... Debe embrollar los negocios de Inglaterra cuanto le sea posible... Cuando el rey supo que la insurreccion de Norfolk en las provincias del Norte habia sido reprimida, mandó palabras de felicitacion y de amistad á Isabel, su buena hermana, lo cual no impidió á la reina madre escribir en el mismo dia y por el mismo correo: "El rey está muy contento de la rebelion; si el estado de las cosas lo permite, desea que el embajador anime á los jefes y les dé esperanza de recibir de Francia toda la ayuda y favor que pueda prestarles", (2).

Todas las conspiraciones fracasaron, gracias á la activa vigilancia del gobierno de Isabel. No quedaba más que un medio de atraer á Inglaterra á la obediencia de la santa sede, la guerra abierta. El papado apeló á todas las concupiscencias para lograr el fin supremo de sus votos. Había dejado Carlos V un hijo natural á quien la victoria de Lepanto dió una reputacion de héroe. El papa incitó á don Juan de Austria á emprender la expedicion contra Inglaterra, prometiéndole la mano de María Estuardo, y con ella la esperanza de compartir su corona. Era una proposicion bien seria, por fabulosa que nos parezca, como lo prueba el que el legado pontificio era portador de un subsidio, y los papas no acostumbran á gastar su dinero en quimeras. La oposicion vino de parte del rey de España: Felipe no estaba de humor de dejar á su hermano una presa que codiciaba para sí (3). Gregorio XIII tuvo que limitarse por el momento á sublevar á Irlanda contra Isabel. Se conserva la carta del jesuita Saunders á la nobleza irlandesa; y cuando se debía esperar encontrar en ella una fe ardiente llevada hasta el fanatismo, no puede ménos de extrañarse que,

(1) *Correspondance de LA MOTHE FÉNÉLON*, t. VII, p. 89.

(2) *Correspondance de LA MOTHE FÉNÉLON*, t. VII, 51, 70, 71, 78.

(3) STRADA, *de bello belgico*, lib. IX.—CAMDEN, *Annales*, página 281.—RANKE, *Forsten und Völker*, t. III, p. 84.